

LIBROS

Los orígenes de la revolución rusa

El 16 de abril de 1917, Lenin llegó, desde el exilio, a la estación de Petrogrado (antes, San Petersburgo; después, Leningrado); la pequeña y triste estación de Finlandia fue el primer paso hacia la revolución bolchevique y la conquista del poder. El impulso para este gran salto histórico podía haber comenzado doscientos años más atrás, cuando el italiano Vico publicó —1725— el libro «Principios de una ciencia nueva relativa a la naturaleza común de las naciones, a través de la cual se muestran también nuevos principios del derecho natural de los pueblos». Esta es la idea de Edmund Wilson, autor del largo ensayo histórico sobre el origen de la revolución bolchevique, «Hacia la estación de Finlandia» (1). Las ideas generales de Vico —en una sola frase: que «la naturaleza de las cosas consiste en que nacen en circunstancias y formas determinadas; siempre que se den las mismas circunstancias, surgirán invariablemente las mismas cosas y no otras»— impresionaron profundamente a Michelet, justamente un siglo después a Michelet, sobre todo en su «Historia de la Revolución francesa». La idea de la revolución, que brotó como un pequeño manantial en Vico, iría ampliándose poco a poco en esos dos siglos; pasando por Michelet, fecundaría a Renan, Taine y Anatole France, pero éstos no significarían más que una «decadencia de la tradición revolucionaria»; por otra parte, produciría

los primeros ensayos teóricos y prácticos del socialismo: Babeuf, Saint-Simon, Fourier, Owen, Enfantin, para llegar a Marx y Engels, pasando por los personajes secundarios Lasalle y Bakunin, y, finalmente, a Lenin y Trotsky.

La objeción principal que se puede oponer a este ensayo de determinismo histórico —no ajeno en sí mismo a las ideas de Vico— es bifurcada y dialéctica. Por una parte, el «continuum» revolucionario arranca con los mismos albores de la Humanidad —desde la época de la horda y la tribu— y sus datos aparecen en los primeros libros de todas las civilizaciones; por otra, cada revolución es hija de sí misma, aunque luego busque la forma de entroncar con la teoría de sus maestros. Un estudio más profundo de la propia vida de Lenin muestra cómo éste, a pesar

de la estación de Finlandia», publicado por primera vez en 1940, fue siendo después incrementado con una introducción, con unos apéndices, en los que se saltaba de aquel idealismo a una especie de antipatía y de resentimiento, que en lugar de dirigir contra sí mismos proyectan contra la Historia. En este libro, la superposición es muy clara. Incluso es ingenuamente clara. La introducción misma —de 1971— es un apresurado añadido de hechos anecdóticos negativos para sus personajes frustrantes: Marx tuvo un hijo natural de la «fiel criada», que «llegó en ocasiones a trabajar sin recibir salario», Lenin era «duro y grosero». («Se me ha acusado —dice Wilson— de ofrecer un retrato demasiado benévolo de Lenin, y creo que existe cierta justicia en esta acusación; pero en la época en que se redactó

dibilidad que se desprende de todo ello.

Más directo, más vivo es «El año 1 de la revolución rusa» (2), de Victor Serge, escrito desde dentro mismo de la URSS entre 1925 y 1928, revisado más recientemente (1967), pero mantenido prácticamente igual que en su primera redacción. Victor Serge adhiere su relato a la originalidad de la revolución de la que es historiador y al mismo tiempo protagonista —militante—, arrancándola de la emancipación de los siervos de 1861. Victor Serge se pretende no objetivo, sino parcial, porque entiende que el historiador pertenece a su tiempo, su clase social, su país, su medio político. Pero cree que la parcialidad no consiste en ocultar la verdad —de lo cual acusa a otros «historiadores proletarios»—, por que la verdad sirve a los intereses de su clase; si hay errores, dice, se debe a no disponer de datos suficientes. El valor esencial de este libro —clásico ya en la historiografía de la URSS— es el de su «primera impresión»: muchas deformaciones, en uno y otro sentido, se han acumulado posteriormente sobre los primeros años de la revolución, e incluso sobre la práctica misma de la revolución en el país soviético.

La frustración de algunos de los cálculos históricos del autor y de su tiempo, la inmersión de algunas de sus esperanzas, aparece al lector que conoce ciertos desarrollos posteriores. ■

J. A.

(2) Victor Serge. «El año 1 de la revolución rusa». Siglo XXI de España, Madrid. La primera edición es de 1930; en España se publicó en 1931, en una edición imposible de encontrar hoy. Las ediciones actuales son de 1967 y 1972.



de ser un teórico de enorme erudición y capacidad de pensamiento, fue acoomodando su práctica a circunstancias impensadas, escasamente inscritas en ningún determinismo. La misma forma de desembocar la revolución leninista en la época de Stalin asombra y aterra al autor, que no encuentra rastros de la predicción de su posibilidad en los textos anteriores. Wilson fue uno de los idealistas liberales norteamericanos que creyeron en la transformación del mundo merced a la revolución soviética, y sobre esa creencia escribió su libro. Más tarde, la guerra fría les llevaría a otras posiciones, y la destalinización les justificaría ese cambio de posiciones. «Ha-

el presente libro no contaba yo con otras fuentes que las autorizadas por el Gobierno soviético, las cuales, por otra parte, habían sido manipuladas a su antojo para dar la imagen deseada.» Incluso en su autocrítica, Wilson declara que no fue capaz de prever que «la nueva Rusia habría de conservar muchas de las características de la antigua Rusia: la censura, la Policía secreta, el desorden originado por una burocracia incompetente y una autocracia todopoderosa y brutal». Estos añadidos invalidan el contenido principal del libro, o, si se quiere, el contenido principal del libro invalida los añadidos. En todo caso, el problema es el de la falta de cre-

el abandono, sus propios contenidos en la centralización impuesta por las diferentes formas de absolutismo o liberalismo más o menos real que han guiado los rumbos de nuestro país.

Sin embargo, esta región de geografía extraña, con su línea dominante perpendicular al Ebro, cortada y quebrada en tantos puntos, presenta una compleja problemática, un rico haz de aspiraciones y posibilidades que se derivan de su historia, pero se proyectan en su presente y su futuro.

La primera cuestión a dilucidar es la naturaleza del poder económico aragonés. Qué gentes invierten y se reparten beneficios en la zona. Por qué existe un deliberado interés en poner freno al natural despegue económico hacia formas de producción modernas que por su situación geográfica, sus recursos y aun su infraestructura, debiera haberse producido.

Por qué existe una emigración masiva regional; sólo quedan algo más de un millón de habitantes, la mitad concentrados en Zaragoza.

Por qué se abandonan los campos, a donde el agua de los riegos, cuando llegue, lo hará tarde.

Por qué existe un éxodo de profesionales e intelectuales mayor que en ninguna parte.

Todas estas preguntas tienen ya respuesta superficial, pero es necesario una profundización mayor para dilucidar las causas reales del sopor de una zona-region enormemente vital, pero también fatalmente silenciosa.

Las raíces de esta situación no son, sin embargo, de hoy. Aragón no tuvo jamás una burguesía liberal, emprendedora, acorde con los tiempos. En nada se pareció a Cataluña con su importante presencia histórica en el conjunto español. El movimiento obrero, además débil, estuvo agrupado en torno a un anarquismo banal, indeciso y estéril, en definitiva. La oligarquía y el caciquismo en Aragón —acordémonos de Costa— tuvieron libres las manos para campar a sus anchas.

Muchas cosas han cambiado y creo que otras muchas no ocurrirán. Si el acicate y la

anticultura oligárquica son todavía terner, cerriles y aun violentos, es también indudable que la tierra se hunde bajo sus pies.

Hay un impulso irrefrenable de que esta región expoliada, enmudecida y abandonada, recobre su sentido y presencia histórica y recupere su poder cultural propio.

En este sentido hay que recoger la aparición de «Andalán», periódico aragonés quincenal, intérprete de un amplio sector que quiere sacar a su región del inmovilismo, devolverle la palabra, unirle, darle esa dimensión histórica que ha perdido y propiciar su autogestión política, económica, social, cultural, etc.

En condiciones difíciles, salvando todos los obstáculos imaginables, acosado por unos pocos, apoyado por muchos, ha llegado a su número ocho con dignidad, con desigualdades, pero con muchas perspectivas y esperanzas abiertas.

Frente a los lugares comunes del aragonismo decimonónico, tan cuidadosamente explotados por la oligarquía; frente al cazurrismo y el baturrismo, la terquedad absurda, la milagrería fetichista, la abulia y la indiferencia, el gran conjunto de colaboradores de «Andalán» intenta descubrir el Aragón del trabajo, la producción, la imaginatividad y la cultura. Ese Aragón amante de sus tradiciones democráticas, apasionado de la libertad, martillo de tiranos.

Quiere crear de esta fecunda tradición el cimiento del nuevo Aragón. Situarlo en plano de igualdad a las otras regiones, unirlo a Europa y al mundo. No es lo que ellos hacen —así lo manifiesta en una emocionante carta laudatoria el profesor Tuñón de Lara— regional-costumbrismo cerrado, pura retórica de ellos y para ellos. Se trata de vincular y redescubrir toda una región en sus diferentes planos de actividad social, pero conectada a España, a Europa y al mundo, siendo parte, recibiendo y dando experiencias y solidaridad con las comunidades de cualquier sitio.

Esta primera, corta, irregular y admirable primera etapa de «Andalán», proporciona un es-

Aragón y «Andalán»

Seguramente es Aragón, de entre todos los grupos regionales y culturales que forman el Estado español, el que menos personalidad y desarrollo ha mostrado en las últimas décadas. Aragón, forjado en tradiciones históricas, políticas y jurídicas de gran valor y hondura, diluyó, por la fuerza y

(1) Edmund Wilson. «Hacia la estación de Finlandia». Alianza Editorial. La edición original es de 1940; las revisiones, de 1969 y 1971. La edición española, de 1972.

pléndido y positivo balance. Al informar debemos también ratificarle nuestro voto de confianza. En el conjunto de la problemática regional, Aragón quiere ofrecer su verdadero rostro y medida, y yo, como aragonés rabioso, me alegro muy de veras. ■ **JUAN ANTONIO HORMIGON.**

La muerte como metáfora

«Es cierto, el viajero que saliendo de Región pretende llegar a la sierra siguiendo el antiguo camino real —porque el moderno dejó de serlo—...»

JUAN BENET
(Comienzo de «Volverás a Región»)

«El viajero que desde cualquiera de las capitales próximas pretenda llegar a Reglón por vía —en lo posible— férrea...»

JUAN BENET
(Comienzo de «Viator»)

La Gaya Ciencia, una de las editoriales más encomiables, tanto por la calidad de sus textos cuanto por el cuidado puesto en la edición de los mismos, acaba de publicar «Cinco narraciones y dos fábulas», de Juan Benet. Las narraciones se inscriben en el género denominado ghost story, no muy trabajado por los escritores castellanos, y que una mano inocente nos explica al comienzo del libro. De las fábulas, la primera es un apólogo moral al estilo arabizante, y la segunda, un apólogo de enredo al esti-

lo comedia del arte, quizá con moraleja.

Para el lector algo iniciado en la obra de Juan Benet, el conjunto de las narraciones constituye una especie de reflexión irónica del autor sobre su propia obra —cosa que se hace prácticamente explícita en «Syllabus», a la vez que una suerte de glosa poética y creadora de lecturas, con referencias a autores muy queridos, como son Faulkner —con cita entrecuillada al comienzo de «TLB», referida al párrafo inicial de «Las palmeras salvajes»— y Shakespeare —con una referencia oblicua a «Macbeth», mediante los bûhos de Cawdor, aquellos que eran capaces, bajo las debidas instancias, de sorprender y matar a un halcón en pleno vuelo—.

Desde un punto de

vista personal —que es como siempre se escriben estas cosas—, estas cinco narraciones (resultado de un oficio a un muy alto nivel de elaboración), que en una primera lectura podrían parecer menores, arrojan en una segunda no poca luz sobre la obra de Benet en su conjunto, proporcionando un cierto material para la disquisición literaria.

La obra de Benet está jalonada de extrañas presencias, de siluetas huidizas, a cuyo paso la tierra es incapaz de absorber la inquietud que producen. Pues bien, en las cinco narraciones, de una manera o de otra, se expresa y se percibe esa presencia inquietante y estremecedora. ¿Quién o qué (en «Relchenau») es lo que desde Región persigue al signado hasta las orillas del lago Constanza, lo-

NUEVA CRITICA

Acabo de leer en la nota Historias para ser contadas, publicada en TRIUNFO (núm. 537, datada 13 de enero de los corrientes), en la que Eduardo Chamorro pretende aclarar algunas de las peripecias internas que sucedieron en las reuniones del Jurado del Premio denominado Nueva Crítica. Por lo menos en lo que a mí se refiere, la versión que se da acerca de los motivos de mi retirada de dicho Jurado resulta inexacta. Deseo, por tanto, rectificar las apreciaciones del amigo Chamorro, quien, por lo que se ve, no oyó o no entendió bien mis palabras durante la ya algo lejana noche en que se otorgaron los premios. (Habría que decir también, en su descargo, que la distancia física que mediaba entre nosotros era considerable, y el restaurante donde nos reunimos estaba atestado de un público algo vocinglero. Mis ondas le debieron llegar alteradas.) Pero fuera anécdotas, y vayamos a los hechos y a las palabras.

1.° Dice Eduardo Chamorro que en aquella reunión final, «Gustavo Fabra y Andrés Amorós amenazaron con retirarse en el caso de que pudiera votarse a Savater». Pues bien: a nadie se me ocurrió amenazar con un arma tan «terrible» como mi retirada. Me limité a exponer mi postura de que, al no

estar de acuerdo con el hecho de que los miembros del Jurado pudieran votarse entre sí, yo declinaba mi participación en dicho Jurado. La norma de que los miembros de un Jurado, aunque éste sea simplemente literario, no deben ser jueces y partes al mismo tiempo, vigente en todos los premios de que tengo noticia, constituye, a mi entender, algo más que una mera cuestión de procedimiento: en mi opinión, se trata de un principio al que pienso seguir ateniéndome, si es que hay ocasión para ello. En ningún momento dije que si se votaba a Savater me retiraría. En realidad, la norma de que ningún miembro del Jurado pudiera votar a otro miembro del mismo, de haberse admitido, hubiera afectado a varios de ellos, por tener libros publicados durante el año 1972. Les hubiera afectado a «todos ellos», pero a «ninguno» en particular. Así lo dije.

2.° Afirma también Eduardo Chamorro: «Se les instó (a Amorós y a mí) a que sometieran el problema a votación, a lo que se negaron, haciéndose patente el carácter autoritario de su ultimátum». Pero no hubo «ultimátum» ni, por tanto, autoritarismo de ninguna especie. Asistí a la reunión para explicar el motivo por el que re-

husaba intervenir en el fallo del premio. Así lo hice. En cuanto a la votación del problema, señalé que en aquellos momentos era inviable, dado que los miembros del Jurado ausentes en la reunión habían enviado con anterioridad sus votos, y entre ellos había quienes ya votaban por otros integrantes de dicho Jurado. Para adoptar un acuerdo sobre la cuestión hubiera sido imprescindible contar con su presencia. Y por añadidura, según señala el propio Chamorro en su nota, «en la voluntad de todos estaba el mantenerse alejados de convencionalismos, por lo que se aceptaba que cada cual votara a quien mejor le pareciera, formara parte o no del Jurado». Y añade: «pero luego se vio que no en la de todos». ¿Luego? En lo que a mí se refiere, en la reunión previa a que asistí no dejé de subrayar y adelantar mis reservas al respecto. Más lo que importa: precisamente por no desconocer esa voluntad casi general a que alude Chamorro fue por lo que renuncié definitivamente. ¿Formalismo excesivo por mi parte? No lo creo así, pues abrigo la sospecha de que las formas tienen su importancia. V. g.: de cómo se cuenta una historia depende en gran medida su sentido verdadero o no. ■ **GUSTAVO FABRA BARRERO.**

FEIFFER

TODOS LOS AÑOS ME DEPRIMO CUANDO LLEGA EL DIA DE ACCION DE GRACIAS...



SIGO DEPRIMIDO DURANTE LAS NAVIDADES...



CON EL AÑO NUEVO ME ACOMETEN TENTACIONES SUICIDAS...



LA UNICA LECCION QUE PUEDO ENSEÑARLES A MIS HIJOS ES:



RESISTID HASTA ENERO



Y AGUANTAREIS CUALQUIER COSA

